457

Perspectivas

por EUSEBIO GÜELL

Un libro autobiográfico, lleno de interés histórico y anecdótico

5 pesetas

C. I. A. P.

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

OA-10694

LA NOVELA DE HOY

Año X DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ Núm. 457

Madrid 13 de Febrero de 1931

LA PUERTA FALSA

por A. HERNANDEZ-CATA

Ilustraciones de ISLAM

Pedido 9/2000

C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 33

EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid

471 191 485
52121 4993

EN EL PROXIMO NUMERO

PUBLICAREMOS

El tenorio emigrante

por

FRANCISCO BELDA

R.294300

ILUSTRACIONES DE

PETIT

El salón del Club convalecía en el silencio y en la media luz de la excitación de los diálogos, de las palabras apasionadas de los jugadores y del espejear violento de las grandes lámparas sobre los metales y el barniz de los muebles. Sólo dos miembros quedaban de cuantos una hora antes llenaban el vasto recinto. Uno de ellos dormía en un sillón que le abrazaba desde las rodillas hasta la cabeza; el otro, ante una mesita colocada en la concavidad de una ventana, hojeaba un libro bajo el fulgor de una pantalla de porcelana verde.

El reloj daba ritmo a los ronquidos suaves y al lento pasar de las páginas. El durmiente era grueso, de tez sanguínea y manos artríticas. El lector, delgado, de rostro latino a pesar de las mechas rojizas de una cabellera que estaba a pique de ser romántica. De pronto el reloj tomó fuerza en un gruñido para dejar caer dos campanadas solemnes, dignas de uno de esos relojes de torre que concluyen por tomar voz eclesiástica, y el caballero grueso se echó mano

al blanco plastrón de la pechera, creyendo quizá que era el embozo de la sábana. Las uñas, al resbalar sobre la inmaculada superficie, lo rescataron con la sensación de dureza de la blandura del sueño, y se puso de pie, agitó las piernas para expulsar de ellas la postrera insensibilidad, y se encaminó hacia el sitio donde la cabellera de fogosos mechones se inclinaba sobre las páginas.

—¡Las dos nada más! Me había dormido lo mismo que si fueran las cinco. ¿Ha visto usted algo menos bien medido que el tiempo? O sobra o falta. Hoy debe de haber gato encerrado por ahí, cuando a estas horas nos han dejado tan solos. ¿Por qué lee usted tanto, señor poeta, y se gasta en libracos los ojos, habiendo tantas cosas hermosas y vivas que ver?

—Tiene usted razón. Observo que cuando sale usted del sueño se le ocurren palabras profundas. Profundas porque suelen ser puras. Siempre al salir del sueño hay un vago estreno de la vida, una especie de medio minuto infantil. Y ese medio minuto sus palabras están libres del color, de la tintura de escepticismo, suerte de uniforme espiritual de los pocos aristócratas cuyos blasones no son por completo impermeables al pensamiento. Cuando acepte esa pesquería en su yate a que me tiene tan invitado, madrugaré y me iré a su camarote para verlo despertar todas las mañanas. Ahora no leía, milord: estudiaba

un poco; mejor dicho, soñaba un poco. Ya ve usted: números.

—¡Caramba!

—Estadística nada menos: poesía pura casi. Pocas cosas se parecen tanto entre sí por su vaguedad, y dejan tan encinta a la imaginación, como la estadística y los cuentos de hadas.

—Déjese usted de paradojas. Usted es un gran poeta, y yo lo quiero; por eso me permito aconsejarle. Con las paradojas empezó Wilde a irritar a los nobles del siglo pasado, y ya sabe usted si acabó mal.

—Acabó mal, no por las paradojas, sino a pesar de ellas. Si no hubiera pretendido tapar nada con las paradojas, sino descubrir todo, habría dejado su imagen en mármol o bronce, en vez de haber dejado una ficha en la cárcel de Reading y unos cuantos libros magníficos desde ciertos puntos de vista, que tienen, sin embargo, una aire de lectura clandestina. Cada ser reúne en sí varios subseres a modo de fruto híbrido de diversas transmigraciones. Para unos somos dulces; para otros, ásperos; para otros, veraces; para otros, mendaces; unos días, íntegros; unas horas, venales... Quienes cohonestan las ansias de predominio de cada fragmento de ser, nada tienen que temer del cuerpo social. Wilde no supo ni gozar en silencio ni sufrir a fondo. Sus paradojas eran espuma de inteligencia nada más. Puso el talento en sus obras y

el raro estallido de la voluntad, sirviéndoles para dejar de ser lo que fueron hasta allí y encarnar, sin pasar por el puente de la Muerte, en otro ser, ¡el otro ser que no pudo ser Wilde! ¡Cuántos dramas, cuántos gritos de auxilio desoídos por la sociedad o estrangulados por la propia garganta antes de extinguirse la voz o de cambiar para siempre de inflexiones. Por lo común, todos estamos demasiado llenos de nosotros mismos, cebados de vanidad, de amor propio... Y estos héroes del descontento—los que no perecen a mano impune en secreto, los que cambian de personalidad—se vacían de sí y empiezan de nuevo, recién nacidos, a los veinte, a los treinta, a los cuarenta años, una vida más corta e intensa. Aquí, en este dos y en estos dos ceros, la cantidad, vacía, parece insignificante. Pero llénela usted de todo su horror, haga un esfuerzo para separar uno a uno sus componentes, y...

—Me es muy fácil.

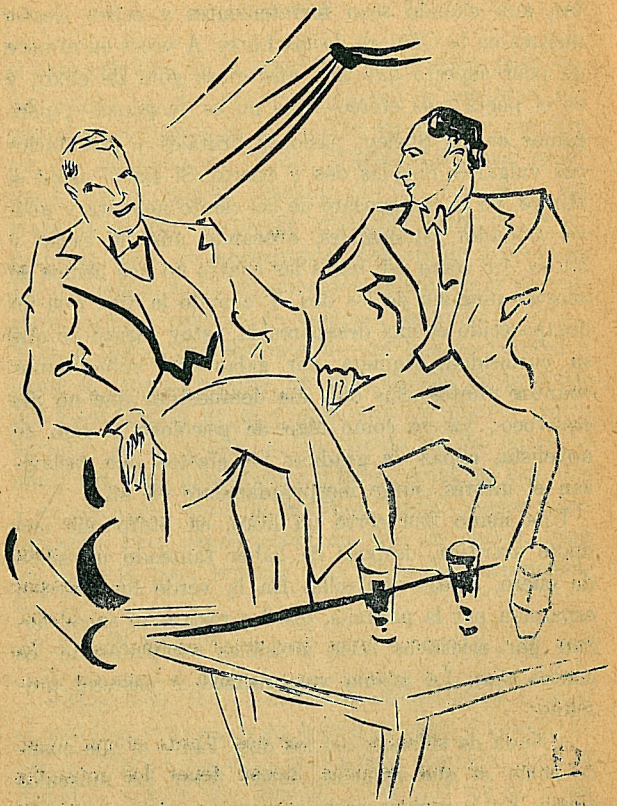
—No.

—Muy fácil. Para aislar a un desaparecido y dejar la cantidad convertida en ciento noventa y nueve, no me es preciso ejercitar la fantasía siquiera, sino el recuerdo, que es más sencillo... Veo que me mira usted con interés, querido poeta. Eso le servirá para no dejar que la imaginación, asociándose a un prejuicio, le haga anticipar retratos calumniosos de las gen-

tes, aun cuando sean terratenientes y echen siestas ilustres en la Cámara de los Lores. A veces en el odre de peor aspecto hay una misteriosa gota de elixir, y en el poeta más etéreo—esto no es venganza—, pongamos en un Sheley, pasiones brutales y gravitaciones vulgares. Son las dos y cuarto. Si cierra usted el librote, yo le compensaré de las ciento noventa y nueve unidades fantasmales, evocando una de carne y hueso. Así como así, hasta las cuatro no nos hemos de acostar ninguno de los dos. Y cuando le diga que mi desaparecido es una desaparecida, estoy seguro de que su curiosidad, siquiera por galantería, subirá unos cuantos puntos. Sus ojos me demuestran que no me equivoco; ya ve cómo algo de psicólogo y algo de novelista, capaz de graduar los efectos que esclavizan el interés, surge inesperadamente en mí.

Una mano fina cerró un libro, en tanto que una mano artrítica, después de haber tanteado un sillón de cuero, atrajo una silla. En la verde luminosidad esparcida por la pantalla, los dos rostros se encadenaban por eléctricos hilos invisibles escapados de los cuatro ojos. La misma voz, risueña y pastosa, prosiguió:

—Nada de sillones: así los dos. Tanto el que cuenta como el que escucha, deben tener los músculos alerta. En la molicie de la carne no tarda en vaciarse la de la palabra y la de la atención. ¿De acuerdo?



All right. Voy a empezar sin más preámbulos, y, una vez comenzado el relato, no haré lo que Sterne con Tristán Shandy, cuya historia no acaba jamás a causa de las colinas, de los tropezones y los lagos de los paréntesis. Si esta historia verdadera—hay historias mentirosas, casi todas: la historia es el arte de hacer mustia la verdad; si mi historia no acaba de modo lamentable, es porque no me considero con el talento y la poca conciencia precisos para modificar la aventura de una mujer que...

—Ea, no espolee más mi ansiedad. Si usa de un sólo recurso más de novelista, abusará, y perderá, con su reputación de *gentleman* perfecto, el juicio que acerca de sus dotes espirituales empiezo a formar. Para que vea que no es curiosidad baja, pediremos *whisky* antes de empezar y le diré, y no para que abrevie, que yo sí tenía que hacer algo antes de acostarme.

Cuando el criado dejó el servicio y en el oro desteñido de los vasos la soda puso alegres burbujas, sin aguardar nueva incitación, el caballero de las manos artríticas habló así:

—Sin duda usted ha conocido gentes de esas que por admiración a la aristocracia o a la riqueza, valiéndose de la simpatía y de un espíritu de adulación encubierto, se adhieren a ciertos núcleos de los que se llaman *high life*, y conviven con ellos. La per-

sona de quien voy a cuparme era de ésas. Yo no sé cómo apareció. Cuando la vi por primera vez en mi casa ya era familiar de otras muchas, y pasaba temporadas, fines de semana, estaciones veraniegas, fiestas, ya con una, ya con otra familia aristocrática. Parece ser que la suya se había extinguido por completo. El padre, oficial en la India, murió de escorbuto, dejándole una pensión corta, que ella manejaba a maravilla. Aceptaba regalos, sí; pero no los solicitaba ni siquiera con insinuaciones; ningún hombre pudo jactarse de haber obtenido de ella la menor sonrisa de complicidad; ninguna dama pudo forzarla nunca a realizar uno de esos servicios por los cuales el amigo pobre resbala hacia la servidumbre. Para presentársela bien, le diré su edad: veinticinco años, y sus prendas personales: menuda, airosa, tez muy pálida, cabellos oscuros, brillantes, sin un rizo, y con una cara con ojos estrechos y boca muy angosta también, que a veces le daban un aire lejano y una especie de bonitura exótica. En realidad, ese relámpago de belleza venía de que la boca y los ojos parecían en ciertas ocasiones no sé si mucho más jóvenes o mucho más viejos que el resto de su ser. Se llamaba, o se llama aún —¡quién sabe!—Lucy. Pongamos Lucy Smith: ya comprenderá que no puedo decir el apellido.

En cuanto a su carácter, dijérase que estuviera regido por ese brillo intermitente de labios y pupilas,

que transforma a la mujer vulgar de semanas y meses, durante unos minutos, en sirena. Su inteligencia vulgar, presta a adaptarse a las doradas superficialidades de nuestra juventud, adquiría de raro en raro una especie de angustia luminosa. No sé si me explico: no era que sus conocimientos brillasen sobremanera en esos instantes; no era que su buena memoria para retener todos los hombres y todos los snobismos intelectuales que, como otro deporte, irrumpen en las residencias linajudas, creciese. Precisamente en esos momentos no hablaba ni del nuevo libro, ni de la sinfonía incomprendida, ni del pintor o el escultor nacidos con retinas y manos aptas para percibir y reproducir formas que las generaciones ciegas de siglos y siglos no hubiesen podido captar. Era más bien que una prueba concreta de inteligencia, una intensificación de toda ella, una combustión de inconformidad, de ansiedad: algo de felino antes del salto y de pájaro antes del vuelo. Se comprendía que en ese lapso superlúcido, su capacidad intelectual no crecía con respecto a la nueva tanto como divergía. Fíjese bien. Yo, por ejemplo, que tantas veces la vi inclinarse ante el paso de Sus Majestades y en otras ceremonias británicas tradicionales, estoy seguro de que en uno de aquellos minutos habría permanecido rígida, inflexible, ajena y casi hostil a cualquiera de esas solemnidades que nos producen la emoción de sentirnos ciudadanos del máximo

Imperio de la Tierra. Sin duda esta opinión no cuajó en mí al principio por la mera contemplación de los rasgos asiáticos presos, como desterrados de su ser, sino más tarde, cuando los sucesos comenzaron a adquirir inquietante significación. La primera vez que ese estado, diremos de gracia—de gracia sensual, de alejamiento de nuestra raza; retenga esto—, se efectuó ante mí, yo le dije:

—Lucy, ahora tiene usted un aire de viaje, de...

—No busque más: es de viaje, pero de viaje absurdo, remoto.

—Creí que se nos quería ir a la India otra vez.

—Muchas veces lo he pensado. Pero no tengo a nadie allí. Cuando estaba en Benarés, de niña, pensaba en Inglaterra; ahora pienso en Benarés y en otras partes donde nunca estuve. No sé... Si este estado de ánimo me durase, sin duda partiría, no importa con quién y hacia dónde.

—Conmigo, no, ¿verdad?

—¿Y por qué no? Cuando una mujer joven habla de irse con alguien todos piensan que es para lo mismo. ¡Qué limitación! Y para lo que yo me iría, que no sé a derechas para lo que es, pero que no sería para lo que las pobres gentes se figuran que una mujer pueda escapar, quizá usted me sirviese mejor que otros.

Yo la miraba con ojos de malicia. Para que usted

comprenda bien es necesario que le exponga sin hipocresías mi situación de ánimo con respecto a ella. No era la aparición de aquella especie de sonambulismo espiritual, de aquella misteriosa atención a algo lejano lo que me acercaba a ella. Era casi precisamente lo contrario. Cuando se ponía a esperar como la llamada de un remoto clarín, mi impresión era de miedo. Pero cuando tras sus párpados estrechos; cuando en los labios angostos surgía la extraña belleza física que la transformaba en "otra mujer", mis nervios entraban en tensión y un turbador impulso de saltar las conveniencias sociales y hasta las barreras de la Ley me poseía. Hay placeres de los que se afirma que si durasen un momento más producirían la muerte; si aquel momentáneo hechizo sensual hubiese durado, se hubiese prolongado, Lucy se habría transformado en una fuente de delitos, de crímenes, tal vez de guerras, como la encendida antaño por Helena de Troya. Acaso el magnetismo era sólo perceptible por mí, mi perfecta sintonía carnal. A la luz de la transformación misteriosa no sólo cambiaba su rostro: su cuerpo mismo adquiría una ondulación, una elasticidad, una fragancia, una atracción de vicio y de abismo imposibles de recobrar en cuanto pasaba el acceso.

He dicho acceso, y he encontrado de pronto la palabra justa. Era un acceso comparable, a pesar de su estatismo, a los accesos de epilepsia. ¿Quién reconoce

en la persona tranquila y fatigada de "después" la boca espumeante, las facciones torcidas, las pupilas estrábicas y los miembros resecos, contraídos por una combustión interna? Nadie. Después de esos momentos, recaía durante semanas enteras en la señorita vulgar, en el parásito social que nada común tenía con la otra Lucy. Yo la estudiaba despacio, valiéndome de subterfugios, asistiendo a veces en vano a diez, a treinta invitaciones aquí y allá para lograr un instante del sucubato de la inteligencia o del de la belleza lúbrica. Y el pequeño fruto de mi estudio solía revelárseme lejos de ella, durante los insomnios, o aquí mismo, allí, en aquel sillón, con los párpados apretados para que nadie se me acercara... Mientras usted me suponía entregado a un sueño animal, ¡he rumiado tantas lecciones de Lucy!

Así, por ejemplo, dos ideas que parecen sencillas, tardaron mucho en esclarecerse: lo que pudiéramos llamar en ella raptos de superespíritu y de supermateria, a pesar de no ser sincrónicos, tenían relación misteriosa entre sí. Esta era una; la otra, que había en ella un lejano cruzamiento de razas.

—Su madre de usted, Lucy, ¿era inglesa?

—Irlandesa, celta.

—¿Y sus abuelos?

—Ella, india; él, inglés. Pero no me pregunte más, porque, contrariamente a los de su casta, no estoy fuerte en genealogías.

—Ni hace falta. Sin duda esa abuela, aunque cruzada ya con algún británico, procedía de los más asiáticos de la India; estoy seguro.

—Quién sabe... ¿Lo dice usted por mis ojos estrechos y por el color de mi piel?

—Sobre todo por otras cosas; a veces sonríe usted de una manera amarilla; a veces se calla de un modo extraño, de un modo que se nota que ha cerrado todas las puertas y ventanas de su pensamiento. ¿Es usted religiosa?

—A veces, también. En algunos momentos me parece que voy a serlo mucho, con ese fervor violento y militar de los verdaderos convertidos; en otros no soy ya religiosa, sino antirreligiosa. Y entonces, las pocas veces que pienso en la religión, ésta me parece una barbarización del sentimiento, una prostitución de los placeres carnales..., a los cuales he de decirle que soy muy poco inclinada por temperamento.

—Por uno de sus dos temperamentos—le dije yo, insidioso.

Y antes de que pudiera penetrar en la triple caparazón de su silencio, añadí:

—Tenga mucho cuidado con no convertirse, al revés. Yo estoy seguro de que en algún lugar de la India o de la China hay un misionero católico que se creía muerto tras lento martirio, convertido a cualquiera de las religiones color de marfil. Y ese renega-

do de nuestra parte, ese convertido, según los de allá, no deja de causarme una impresión mitad dramática, mitad cómica. Cualquier día los ojos y la boca orientales se apoderan del resto de su ser, y usted se nos va para siempre.

No dijo nada. A pesar de no haberse movido ni un paso, no estaba por completo ya junto a mí. Pero en sus labios y en sus pupilas una sonrisa se fué alejando, extinguiendo, con la infinita gradación de matices que un crepúsculo de verano desemboca en la noche.

Con extremo cuidado para no perjudicarla alzando ofensivas sospechas, yo procuraba completar mi conocimiento de ella con cuantos detalles objetivos me era posible procurarme. En mi casa y en otras, muchos días, iniciaba capciosamente conversaciones que habían de venir a parar en Lucy. Este género de parásitos de la aristocracia y de la plutocracia tiene tres finalidades, y, si pudiera emplearse la expresión, tres desenlaces: O ganan a fuerza de adhesión la mano derecha o, por lo menos, la izquierda de un rico heredero; o sirven de derivativo barato y con ciertas garantías del padre o de algún segundón; o mineralizan su virginidad y restringen poco a poco el círculo de sus visitas, y concluyen por fondear en una de las casas favoritas, especie de pontones en puerto seguro, donde pagan la hospitalidad de los últimos años

sirviendo de compañía y de trampolín a los recuerdos. Por cuanto pude averiguar, vi que no era mujer de tender redes ni de aceptar proposiciones turbias.

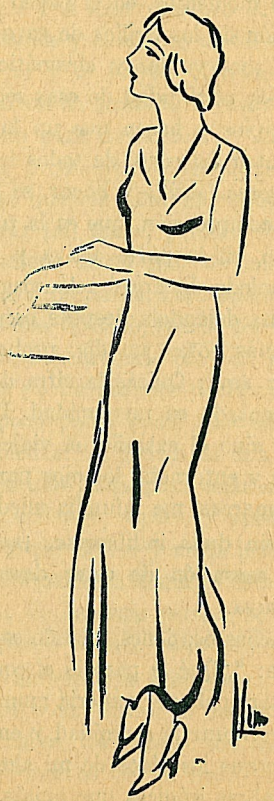
Fuera de esos dos momentos de su carne y de su alma, que acaso yo sólo percibía con intensidad, debía parecer a todos un ser bastante oscuro. Y no sólo oscuro, sino lejano. Hasta en las familias a que yo la creía más arraigada, había de ella un concepto vago. Si alguien, de pronto, hubiese preguntado con perentoria gravedad a quienes la albergaban en sus mansiones, la llevaban al Derby de Epson, a la quincena favorita de Brighton o a los fines de semana de Blak Pool, "¿Quién es Lucy, de dónde viene, a dónde va?", habría experimentado medrosa sorpresa. Excepto para mí, que trataba de traspasar la envoltura anodina que servía de aglutinante a las dos otras personalidades—la del alma fugitiva y la de la sensualidad—era la suya una especie de intimidad superficial. Y lo mismo se habían acostumbrado a tenerla entre sí, que se acostumbrarían después—que se acostumbraron—a dejar de verla.

Los primeros tiempos quizá cada familia creyó que estaría de huésped de otra, y, al cabo de unos meses, de menos de un año, el gran difumino del Tiempo borraría sus huellas de las casas en donde había sido un bulto que habla, que interviene en la existencia familiar, que se duplica ante los espejos, que sirve

de frontón a nuestros pensamientos, o de testigo sin cuya presencia emociones y conducta no serían las mismas.

Yo no. Yo me di cuenta de su falta casi desde el primer día. Con paciencia y cautela había llegado a saber de memoria el turno de sus permanencias: Quince días en casa de Lord Reiter, veinte en casa del baronet Mure, la Navidad en el castillo de los Menut, en Lancashire, desde el quince de enero en el *cotage* del Mayor Burke, abril, en las Hébridas, mayo, en Cawes. Creía poseer ya su calendario completo, su zodíaco absoluto, y he aquí que el día, que la hora decisivos habían sido borrados de mi adivinación por una mano irónica. Cuando las primeras nieblas de octubre subieron del Támesis y no la vi en *Rector House* durante las célebres bridges de Lady Emily, me intranquilicé y comencé mis averiguaciones.

Tenga usted en cuenta que a pesar del enorme influjo que uno de sus brotes extraños ejercía sobre mí, yo no procuraba intimar con ella. Mi escepticismo, mi mundanismo, me han hecho sonreir de la mujer fatal, de la tentación irresistible y todas esas zarandajas con que las gentes sin conciencia van años y años por la vida sin descubrir sus instintos, lo mismo que esos ríos que marchan soterraños; pero que cuando pensaba en el efluvio febril que exhalaba toda su persona



en ciertos momentos, en el jadear de su pecho, en la electrización de los ricillos de su nuca y en sus labios y en sus ojos verdes y abismáticos—ventanas insuficientes—la posibilidad de esas seducciones que arrasan principios y hacen que un hombre años y años rígido dentro del corsé de todas las conveniencias sociales, pisotee familia y honor, se me hacían patentes no en la comprensión, que es la parte crítica, sino en el instinto, en la parte activa y realizadora del ser. Y tenía miedo. Si aquel relámpago de belleza carnal que pasaba dejándola después oscura, vulgar, hubiese durado unas horas, un día, probablemente yo ahora no estaría aquí: Quizás la cifra de desaparecidos habría aumentado en una unidad. Pero el otro ser, no el vulgar sino el extraño, el viajero, el que apretaba los labios y entornaba los ojos para alejarse hacia remotas comarcas, me infundía miedo. Y ante la menor mirada, sin duda indiferente, ¡ay!, de ese otro ser, tenía la sensación de estar descubierto, desnudo, a merced suya.

En muchas ocasiones, cuando se me acercaba a preguntarme: "¿Qué le pareció el concierto de ayer?", o a comentar cualquier nadería mundana, yo tardaba un rato en recobrar la serenidad y entender lo que había dicho, porque los oídos de mi alma habían escuchado estas palabras irónicas que quizás la boca de su alma inconscientemente había dicho: "Si el verde de agua

estancada de los ojos y el nácar elástico de la carne; si la pulpa de mis labios y el aliento de fiebre fragante subsistieran en mí y te fueran ofrecidos a pesar de tus años, a pesar de tu gordura, a pesar de tu riqueza, ¿dejarías todo para merecerlos?" Yo cabeceaba afirmativamente, produciéndole sin duda una impresión de idiotez, ya que sus palabras reales no merecían una aquiescencia tan tenaz, y luego nos quedábamos ambos prendidos en el hilo de una sonrisa. ¿Comprendía? No lo supe jamás. Pero mientras duraba esa sonrisa yo estaba turbado, con la decepción bochornosa de quien ve convertírsele un gran pecado en algo risible. Por eso yo no gustaba de estar con ella a solas; pero tampoco podía pasar una semana sin borrar con la imaginación las gentes de una mesa, de un salón o de una *garden party* para estar al par con ella nada más y, sin embargo, seguro. Y apenas transcurrió una semana de noviembre y no la hallé en ninguna de las casas habituales, la angustia se adueñó de mí y estuvo a punto de hacerme perder hasta lo que un *gentleman* no puede perder nunca sin dejar de serlo tratándose de mujeres: la discreción.

En aquellos días supe con horror lo que es morirse: morirse, y que las calles, los paseos, los teatros, los círculos de donde formamos parte, sigan sin apenas echar de menos nuestro vacío. Lucy, Lucy Smith había dejado de ir a las fiestas, de pasear por las calles,

de mezclar al mundillo aristocrático el misterioso estuche de su cuerpo, y ¡todo seguía igual! Todo no: yo sentía su vacío con un dolor de quemadura; yo no pararía hasta encontrarla, para socorrerla si era preciso, para... ¡verla siquiera otra vez!

Al cabo de cuatro días de búsqueda averigüé que se había ido de la pensión en donde tenía un cuarto. La señora propietaria me dijo: "Ha vivido aquí dos años y se marchó la semana pasada porque, sin duda, encontró sitio más conveniente. Para lo poco que ella venía—teniendo tantas invitaciones—comprendo que mi casa era cara. En cuanto a preguntarle que dónde iba, ya comprenderá el honorable señor que..." La hotelera me daba, al par, lección de respeto a la libertad ajena y de indiferencia. Yo tenía ganas de preguntarle más, de comunicarle mi angustia. Inútil: usted sabe hasta dónde puede llegar la estupidez de un inglés que se emboza en la corrección. Su sequedad bien educada me dictó la resolución de no aventurar interrogación alguna en ninguna de las casas amigas. ¿Para qué? Ella era mayor de edad; no tenía que dar cuentas a nadie; podía tener otros amigos en el sur, en Escocia o en el Continente, y no había causa ni derecho a atraer sobre su persona curiosidades acaso importunas. Ya la idea de avisar a la policía, que luego había de constituir obsesión, se ofreció a mi desconcierto. Pero entonces no tuve siquiera necesidad de

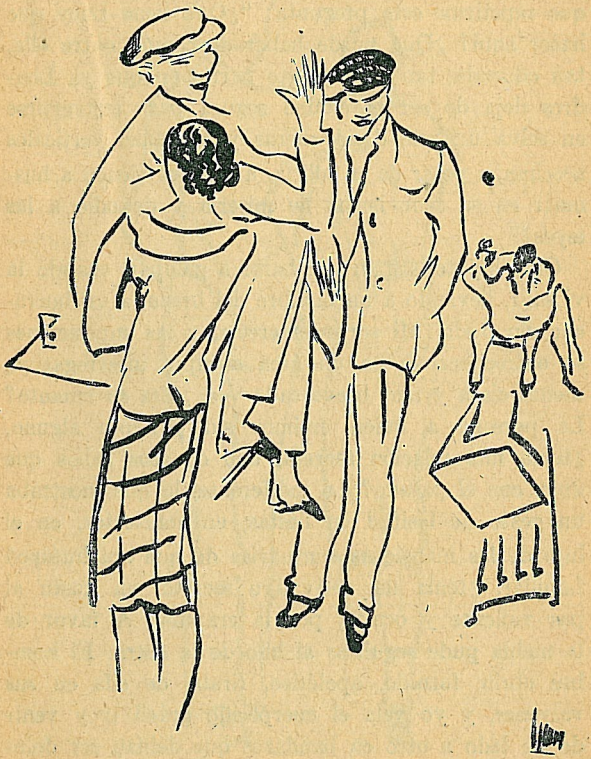
rechazarla. Dijérase que un imperceptible presentimiento aleteaba en el fondo de mi alma, fuera todavía de la conciencia. Muy pocos días después, en la calle, cuando casi apenas si pensaba en ella, como un regalo de los dioses de la casualidad, me encontré a Lucy.

Era un domingo por la tarde. Salía de aquí precisamente, después de haber luchado tres horas en vano con el tedio que obtuvo la victoria, a pesar de emplear yo las armas de los naipes y de la panacea escocesa. Las calles, casi desiertas, me permitieron reconocerla entre la bruma amarilla del atardecer. Iba a paso largo, echada hacia el pecho la cabeza, y el cuerpo ceñido por un impermeable del mismo color de la bruma. Tenía algo de fantasma, y un segundo, sólo un segundo dudé de su realidad, y hasta busqué a la aparición el motivo freudiano de haber visto la escena de la explanada de Elsinor pocas noches antes. La duda se desvaneció en seguida: ¡era ella! Su aire era insignificante. Lucy, en la vida normal, no se distinguía por la pompa de su indumento, ya se lo he dicho; pero había en la superlativa insignificancia de aquella noche algo voluntario, deliberado, que me impresionó. Subió a un autobús del Este, y yo busqué un taxi, que pude hallarla en seguida. Al alcanzar el vehículo democrático en donde ella iba, ya la primera idea indelicada de aquella noche, la de no presentarme, la de seguirla de lejos para descubrir su retiro, había triunfado de mis

escrúpulos y—quiero que crea esto—de mis costumbres. Los barrios céntricos quedaban detrás, y ya avanzábamos por calles sórdidas de bajas casas de ladrillo. De súbito, en una plaza cerca de Wosseley, el autobús se detuvo y la vi descender. Yo dejé el automóvil y la seguí de lejos. Así anduvimos varios minutos. Y figúrese mi estupor cuando la vi entrar en un bar.

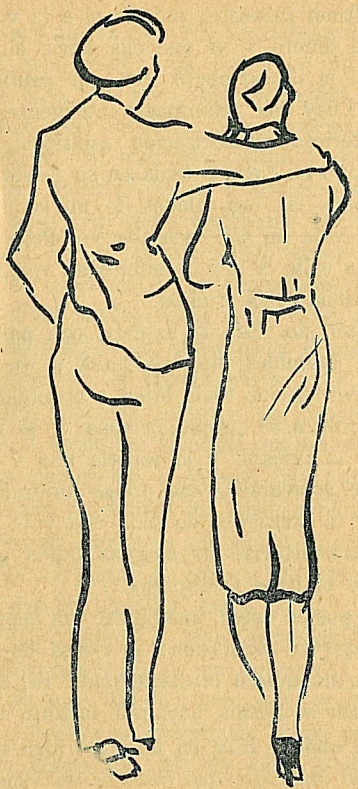
¿Usted sabe lo que es un bar de aquellos barrios y en domingo? Sí, lo sabe usted. Desde la acera de enfrente, tratando de comprimir contra el vano de una puerta mi tejido adiposo para disimularme mejor, yo me esforzaba en traspasar la cortina de roja tela, y veía con la imaginación los tipos de esos lentos borrachos dominicales: quizás trabajadores de los muelles, empleados de clase ínfima, gentes embrutecidas, gentes hasta de delito y de violencia. Cada vez que se abría la puerta, salía una vaharada de fermentaciones y, cruzando la calle, llegaba hasta mí. Bajo la luz de gas, en medio de una atmósfera oscura, unos cuantos bultos veíanse casi derribados contra el mostrador y sobre taburetes. ¡Y entre ellos estaba Lucy! Comprenda usted mi angustia, mi estupor, mis celos. ¡Ah!, hay que ver de cerca aquéllo, como yo lo ví. No pecaba de calumniosa la fantasía. En aquel antro no era verosímil hallar gentes de nuestra clase ni *whisky* como éste.

Y mientras me imaginaba la sala reducida, el aire



saturado de humo y alcohol impuros, no hacía más que repetirme esta pregunta: "¿Qué tiene Lucy que hacer aquí? ¿Qué puede haber de común entre ella, tan educada, tan fina, y este barrio en que ya Londres deja de ser la ciudad segura para convertirse en selva urbana, donde fieras y alimañas verticales acechan, a pesar de la policía, a quienes vienen a husmear en su seno hecho de miseria y de odio a las leyes?"

Cien hipótesis iban a echarse a galopar, cuando la vi salir, llevando a un hombre del brazo, a un borracho sin duda. Mi sorpresa crecía, y las suposiciones se entrechocaban en un área siempre interrogativa, menos clara y más breve cada vez. ¿Era su amante? La persona a quien creímos sin pariente alguno, ¿tenía una relación secreta, uno de esos cabos que unen con el pasado? La indiferente, la que mostraba un gesto de lasitud en fiestas, en conciertos, en el lujo de las mansiones suntuarias de que era huésped familiar, ¿tenía un derivativo secreto, un gusto al par valiente y oculto, por la crápula? A favor de la niebla pude seguirlos al hilo de la acera. El hombre ebrio, fornido, apolético, tiraba de ella en sus vaivenes, y yo veía el cuerpecillo grácil ir y venir de un lado a otro en bandazos que debían ser dolorosos... y quizás placenteros. Durante un momento, me pareció tener ya la certidumbre de haber acerta-



do en la última sospecha, porque oí a la voz alcohólica exigirle dinero y vi que ella abría el portamonedas, que él le arrebató con un gruñido. ¡Ah, Lucy!, la Lucy del relámpago inteligente, la Lucy de la misteriosa evaporización espiritual, la Lucy que de tiempo en tiempo tenía en su flúido carnal la llave de todas las seguridades de mi ser, ¡cómo se vengaba la vida en ti!—pensaba yo. Pero en el recodo de una calle, al oír de súbito su voz, mis seguridades cambiaron de rumbo.

No era eso, no. Ella le hablaba con palabras perentorias y humildes; lo exhortaba a volver a su hogar, a recordar que tenía hijos, a no olvidar el respeto que debía a su propia persona. Y le nombraba a Cristo, a la Iglesia; y le repetía una y otra vez, tratando de acercarse a las orejas amuralladas por el alcohol y la amargura de toda una vida de explotaciones, para filtrarle las alegrías puras que dejan el trabajo y el deber cumplidos...

Ah, ¡no puede usted imaginarse mi alegría y al mismo tiempo mi desilusión! A riesgo de parecerle un poco vil, no quiero ocultarle nada. Sí; sentí desilusión: Acaso la misma que, por instinto novelesco, sienta usted ahora: Hay en nosotros algo mitad artístico, mitad malvado, que prefiere un vicio original a una virtud mediocre o grotesca. Lucy, hipócrita, taimada, llevando en los nervios un vicio como se

lleva una llaga oculta bajo los vendajes cubiertos de sedas y adornos, estaba más cerca de mi simpatía que aquella otra. La Lucy terrible había venido a parar en algo peor que las arpías sociales criadas bajo las plumas del sombrero absurdo de Mistress Pankurest: era miembro de la *Christian Since*, ¿sabe usted? Me daba risa ahora suponerla de bar en bar tratando de rescatar borrachos sin temor a los regüeldos, a las bofetadas, a los empujones, a las palabras soeces de insulto o de mofa. Casi me alegré cuando vi al hombretón sacudírsela y echar a correr, sin devolverle el portamonedas, por supuesto.

Tardó cerca de dos minutos en reponerse, tan bárbaro fué el empujón. Cuando recobró su ritmo y se decidió a seguir con la cabeza baja, apoyándose en las fachadas, ya estaba yo junto a ella.

—¿Necesita la ayuda de un amigo, Lucy—le dije.

Sacando de su pudor su energía postrera, me respondió con dignidad rabiosa casi:

—¿Usted?... ¿Usted?... ¿Qué hace aquí? ¿Me ha seguido? ¿Por qué? ¿Con qué derecho?

—Con el de serle útil. Un cuerpecito como el suyo deja huellas, huellas sentimentales, y no puede desaparecer por completo. ¡Me ha dado usted un susto!... Figúrese que un momento temí que pudiera ser usted el misionero convertido de que le hablé un día, ¿se acuerda? ¡Usted borracha, usted viciosa,

Lucy!... Cuénteme cuándo se le ocurrió esta idea pueril de afiliarse a ese ejército de salvación de almas en que acaba de ser derrotado el más gracioso de sus reclutas.

Mi tono era a cada frase más irónico; pero ella no parecía darse cuenta.

Esta vez, como la anterior que le hablé del misionero convertido por aquellos a quienes iba a convertir, lo hice al tuntún, sin obedecer a una idea nutrida antes en mis meditaciones o en temores. Fíjese usted en que las palabras decisivas, las que cuentan, surgen en nosotros de una manera médiumnímica, cual si fueran dictadas por el ángel o el demiurgo que valiéndose de nuestro cuerpo siguen combatiendo su inacabable batalla. Ella no pareció sentir mi sarcasmo y me contestó con laxitud:

—Si un día deja para siempre de verme no se le ocurra avisar a la policía, porque será inútil. El haberme invitado a su casa unas cuantas veces no le autoriza a entorpecer mi vida. ¡Mi vida, su vida de usted, la vida de todos esos a quienes usted y yo conocemos—y aquí brilló en sus ojos el relámpago lúcido que elevaba su entendimiento sobre ella misma—; el otro día, después de una noche de fiebre, al levantarme y mirarme al espejo, me encontré extraña a mí misma—extrañas mis facciones, extraña mi voz—, y al pensar, encontré extrañas, extrañas y

despreciables, todas esas vidas que arrastraban la mía a un lujo inútil, en una comodidad estúpida, culpable en una comodidad en la que, de pronto, dejé de sentirme cómoda.

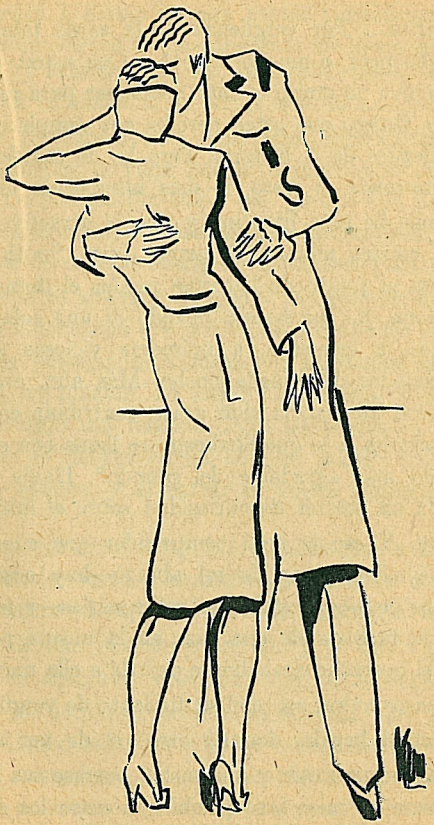
—Apóyese en mí, venga. Su convertido la ha dejado sin un penique y...

—No importa. Yo sospecho que hay en cada ser, hasta en los menos inquietos, tres o cuatro, por lo menos, que pasan toda la existencia de desplazarse uno a otro... Me he hecho miembro de la *Christian Since* sin afiliación previa, sin llevar biblia ni cantar himnos ni tener que dar cuentas a un Comité. He hecho esto por probar, por tantear una dirección a mi espíritu. Catequista *amateur*. Pero... siento que no es esto. Esto no es nada más que el tirón violento de uno de los seres invisibles en mí para sacarme del yermo de aquella vida; pero los demás sonríen y esperan aún, sin intervenir, sin marcarme la dirección verdadera. Lo que ha dicho usted ya dos veces del predicador convertido es interesante. Ya me había vuelto a acordar, me produce a veces terror. ¿Cómo usted, ¡usted!, puede decir sin darle importancia, sin casi darse cuenta, unas palabras donde está la clave de un destino? Es interesante y terrible... De lo que sí creo estar segura es de que no me volverá usted a ver de invitada, de mueble vivo de esas casas que ignoran que hay otras vidas ar-

dientes. Aquella Lucy se acabó y no sé cuál vendrá. Dentro de mí hay una decisión inquebrantable, pero envuelta todavía en dudas. De cada brazo mío tira una fuerza, una fuerza. ¡No importa! En cuanto me decida a andar, no será con el paso titubeante de ahora, sino a paso largo y seguro, sin mirar atrás.

Tengo la seguridad de no haber añadido nada a lo que dijo en aquel monólogo, que poco a poco perdió ante mi asustado silencio todo aire de dialogal. Eso lo he comprendido después. Pasábamos bajo un farol, y, al mirarla, vi que por su rostro pasaba el otro relámpago, el rojizo, el que transformaba su cuerpo y sus facciones en algo frutal, elástico, irradiador de una electricidad aromática que incitaba a caricias violentas. Y sin fuerza para reflexionar, impelido por una fuerza superior a todas las de mi ser, la atraje hacia mí, la hice crujir en mis brazos, y la besé muchas veces en la cara, con tal fuerza que ni siquiera pude dirigir bien los besos. La sorpresa la inmovilizó unos segundos—usted no sabe la felicidad y la esperanza que puede caber en un segundo. En seguida su indignación se manifestó en un empujón vigoroso y en palabras de ira y de desprecio:

—¡Quite! ¡Déjeme o grito!... O le pego un tiro aquí mismo... O llamo un policía para ponerlo en ridículo, que es lo que más temen ustedes... ¿Yo con usted? ¡Puaf!... No sólo por virtud y por decencia



del espíritu... Por vergüenza de la carne también... ¡O mucho peor, o mucho mejor!... Con usted, ¡puaf!

Ya ve que no omito cuanto pueda ser para mí mortificante. Quiero que usted perciba por completo todos los repliegues de la historia. Pero he de decirle, para que comprenda el resto, lo más interesante tal vez: que jamás he sido libertino y que el atractivo físico que en ciertos momentos ejercía Lucy Smith sobre mí, hasta el punto de hacerme perder el dominio de mi persona, no me habría llevado ni una sola vez a proyectos, a ensueños, a quimeras viciosas sin las anormalidades de aquella noche. Más aún, creo que ni siquiera me habría sido grato contribuir con ella, en una alcoba, a lo que Shakespeare llama con cinismo "el ruido más agradable del mundo". Había de mí para ella un interés de curiosidad sobre el interés de ambición. Y eso le hará comprender que cuando se separó violentamente de mi abrazo—hay cosas que perdemos de modo fatal al intentar asirlas—y me dejó contra la fachada de una casa en la misma posición en que el borracho acababa de dejarla a ella unos cientos de pasos antes, sobre el sentimiento de vergüenza y de dignidad herida, dominó otro: el de ver adónde iba, el de no permitir que la niebla borrase sus huellas y rompiese el único lazo posible ya entre los dos. El galán fué sustituído por el espía. ¡Por el espía, sí! No me asusta el vocablo.

La seguí a distancia, con tantas precauciones que hasta estoy seguro de que desfiguré mi modo de andar habitual y achaté mi figura. Ella debió perder mi presencia en la niebla, a no ser, y esto lo más probable, que su pensamiento se ausentara, echándome antes de emprender el viaje por la borda, como un bulto inútil. La persecución fué a pie, porque ella no podía tomar un tranvía, a causa del robo de su bolso, y quizás no se le ocurrió tomar un automóvil para pagarlo al llegar a su albergue. Ignoro si recogida en su cólera o en su alucinación oyó mis pasos o despreció el riesgo de verse perseguida. A ratos iba a grandes zancadas y otros, lentamente. Le aseguro que jamás partido de *golf* me dejó tan rendido. Pero mi tenacidad triunfó al cabo: se detuvo en un hotelito mísero próximo a Euston Station, y al entrar ni volvió siquiera la cabeza.

Ya en mi casa recapitulé la situación y llegué a estas conclusiones: Tratar de aproximarse otra vez, por lo menos en seguida, equivalía a perderla. La posibilidad de una relación entre ella y yo había desaparecido en absoluto: quedaba, sólo, el espectáculo y, quizás, mi acción protectora en su vida, que yo presentía bamboleada por vientos contrarios sobre precipicios misteriosos. Para lograr algo era menester renunciar a la acción personal y ejercer indirectamente una vigilancia segura, suavizada por todo género de precauciones.

Mi ayuda de cámara debió sorprenderse al oír mi llamada a las ocho y mi orden de que en vez del *Times* me trajera en seguida, antes del desayuno, un periódico de los más populares. Dos horas después, con el recorte de un anuncio en la mano y un gran miedo y un gran sentimiento de lo irremediable en el alma, subí las escaleras de un policía privado, que sonrió ante mis salvedades de que nada turbio me ligaba a la persona de quien pretendía saber los pasos, y que acogió con igual frialdad mi falso nombre y los detalles y billetes de banco que le di.

—Estamos habituados a este género de investigaciones, señor, y puede usted estar seguro de que ni la persona de quien se trata ni nadie se dará cuenta de nuestras pesquisas. ¿No quiere usted dejar una dirección o un número de teléfono por si pudiera comunicarle algo concreto en plazo breve?

—No, gracias. Yo vendré la semana próxima; el viernes. Puedo estar obligado a salir de Londres, y... Comprenda usted. Vendré el viernes o el jueves a esta misma hora. Es mejor.

—A su gusto.

Antes de salir, ya estaba yo arrepentido de aquel paso; pero la reflexión me convenció de que no era sustituible. Durante los cuatro días que siguieron al lunes, me dediqué con complacencia maléfica a suscitar, tanto en mi casa como en algunas de las más fre-

cuentadas por Lucy, comentarios acerca de su desaparición, y, sin decir nada, por supuesto, de mi aventura. El eco vacío, sin la menor vibración cordial que obtuve en todas partes, asustó mi pobre experiencia de hombre que por tener canas creía sobre un poco de la vida. De tal manera es cierto que irse es morir un poco, que en andenes y muelles suele oírse hablar de quienes acaban de alejarse, no en presente, sino en pretérito. Así oía hablar yo de ella: "Era muy bien educada, pero sosa." "Era un poco rara: de tiempo en tiempo le entraban ventoleras y se quedaba como mirando para adentro." Los más optimistas, o heridos por algún dardo de ingratitud, suponían que se habría ido a la India, sin despedirse, llamada acaso por algún despacho perentorio.

Ahora comprobaba que, a derechas, nadie sabía su procedencia. Ninguno pudo decirme siquiera el modo de su incrustación en nuestra sociedad. ¡Y luego dicen que la nobleza inglesa forma un círculo inaccesible! Hay hombres y, sobre todo, mujeres que nacen con ganzúas para forzar todas las puertas. Sin duda, la familia que le abrió la puerta de nuestro medio hacía ya años estaba lejos o disgregada. La indiferencia que acogía mis palabras llegó a ser tal, que decidí callarme, temeroso. Entonces aprendí prácticamente lo poco, lo nada que conocemos a personas a quienes vemos casi a diario, y cómo la costumbre llega a engañarnos,

sustituyendo el verdadero conocimiento con el mero ejercicio de la memoria. Lucy no era ya de nuestro mundo, y un epitafio correcto, a lo más, había sido escrito con tinta inestable sobre su problemática tumba, a fin de que el tiempo no necesitase emplear casi nada de su inmensa fuerza corrosiva para que la piedra pudiera seguir cubriendo la fosa común de los recuerdos que nos importan.

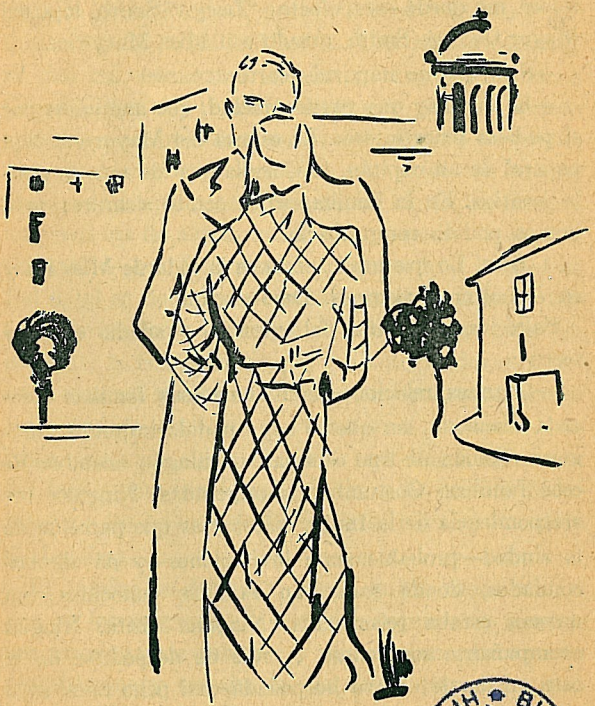
Cuando el jueves a mediodía subí la escalera del detective, no eran mis bronquios los que me hacían jadear, sino el corazón: el corazón sentimental, el corazón de ustedes los poetas, no el de los filósofos. El policía me recibió sonriente:

—Siéntese, siéntese y repose un momento—me dijo.

—No, gracias. ¿Ha averiguado algo?

—Claro, *sir* ...—aquí mi nombre y mi título, que yo había ocultado. Comprenda usted mi consternación. Y continuó con corrección impertinente:— ¡Jamás dejamos de averiguar algo! Ríase usted cuando oiga hablar de secretos impenetrables. Se ha podido averiguar bastante y, sobre todo, sin dar el menor paso en falso. Verá usted.

Mi curiosidad era tal que venció a mi consternación. ¡Ah, si mi título, que no le había dicho que investigaran sonaba con tan clara insolencia en sus labios, ¡la vida entera de Lucy iba a surgir ante mis ojos! No fué tanto. Y, sin embargo, he de confesar



BIBLIOTECA AECI HISPANOAMERICANA

que cuando sacó del fichero una cartulina y empezó a leer, me quedé estupefacto: "Lucy... Smith, hija del Mayor Georges Smith, casado con Miss Marjorie...

—Siga, eso no importa—corté.

—Es que hay una particularidad, que anotamos por si pudiera tener interés. La esposa del Mayor era hija natural de un capitán de Coloniales y de una sirviente asiática. En la familia eso se ocultó siempre; pero hemos podido comprobarlo.

—Bien. Lo que me interesa es la vida de Miss Lucy en los últimos tiempos. Dese cuenta.

Saltó varias hojitas del informe, y añadió en tono seco:

—Grandes relaciones con numerosas familias invitada frecuente, sin que se haya podido imputarle ninguna relación de tipo especial con ningún miembro de esas familias. Costumbres morigeradas. Ninguna correspondencia de la India; solo cartas que parecían de la ciudad—probablemente invitaciones—y de algunos condados, donde radicaban familias conocidas con quienes estaba relacionada. Ninguna visita. Ningún acompañante sospechoso. A raíz de despedirse de la casa en donde estuvo hospedada casi ocho años cayó enferma. Tuvo fiebre, delirios. Al restablecerse, se mudó, tal vez por la aversión que solemos tomar a la habitación en donde hemos pasado una larga dolencia. Entre las cosas que dejó allí—detalle raro—

están todas las cartas recibidas durante su enfermedad, sin abrir. Después, esto ya lo sabe usted, se mudó a otro *bordin house* de Chelsea. Una cuenta corriente de dos mil setecientas treinta libras que tenía en el City Midland fué retirada totalmente por ella en persona hace dos meses, y no ha sido abierta en ningún otro establecimiento de crédito. A la casa de huéspedes donde últimamente vivió no ha ido nadie, excepto una persona de alguna edad, bien portada, de aspecto respetable—sin duda usted—, que estuvo hace días. Del hotel en donde usted la vió entrar el domingo por la noche se fué aquélla por la mañana siguiente. En ese hotel la ficha exigida por las autoridades está llenada con un nombre falso, lo que demuestra que el propósito de ocultarse es anterior al encuentro con usted. Estamos sobre la pista, tras largos esfuerzos, del faquin que cargó su equipaje, y esperamos poder recobrar las huellas de la fugitiva, haya o no salido de Londres.

El hombre se detuvo y yo me quedé anonadado.

A su interrogación de si debían seguirse las pesquisas, sin duda me ruboricé y dije que no, que aquello bastaba, que se trataba de una deuda pequeña y que, por lo tanto, no valía la pena... Me horrorizaba el que supieran ya mi nombre, y un vago temor de escándalo, de equívoco, hasta de *chantage*, me puso la carne de gallina. El miedo es el peor de los consejeros:

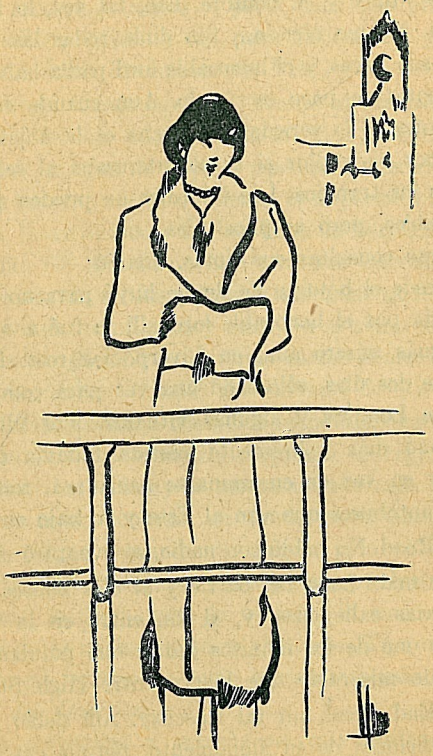
por no rebelarme contra él perdí unos días preciosos. A la mañana siguiente salí para Folkestone, y desde Boulogne crucé Francia hasta Niza, y no estuve de vuelta hasta el mes siguiente. Frente al Mediterráneo, en medio del lujo pacífico y de los días radiosos entre un cielo y un agua de tarjetas postales, yo rememoraba a todas horas la noche de niebla, el impermeable amarillento, la cortina roja del bar lleno de borrachos, y el murmullo del afeminado oleaje no me impedía escuchar dentro de mí las palabras ambiguas que ella me dijo antes de rechazarme y huir. No sé cómo mi familia no se sorprendió al leer mis cartas llenas de preguntas hipócritas. Cuando me convencí de que ni una carta, ni una llamada telefónica sospechosa habían llegado durante mi ausencia, emprendí el regreso. Ya nadie hablaba de Lucy en mi casa. Pero cada sitio en donde se había sentado, en donde yo la había visto todavía vulgar, seguramente vulgar, pero ya cargada de electricidad misteriosa, me parecía reproducirla, cual si lo real, lo lleno, fuese lo vacío, y lo vacío—el vacío dejado por ella—lo único existente. Tres días después de mi retorno no pude contenerme más y volví a casa del detective.

—Ya empezaba a extrañarme que tardase tanto en volver. El honorable señor ha resistido muchísimo más que lo corriente. Tratándose de persona de su jerarquía quise ser franco, y no le oculté que cono-

cía sus títulos y su nombre. Eso, tal vez, lo hizo retraerse. No me ofendo... Sin duda todas las precauciones son pocas, y el honorable lord podía haber dado con gentes de poco escrúpulo. Aun cuando en nuestra profesión la seriedad sin tacha es la única forma de poder vivir. Por si acaso interesaba al señor, seguimos los trabajos. Los informes no pueden ser más deplorables, pero amplios. Vea, *sir*.

Y tras consultar sus notas, añadió:

—Desde el hotelito de donde huyó para no ser encontrada por el honorable lord allí se fué a otro hotelito más mísero aún, en Liverpool Street. De allí, durante dos días, sólo salió una vez para comprar la guía de Londres y algunas vituallas. Por último lo abandonó más pobremente vestida todavía que estaba, y en vez de encaminarse hacia acá, tomó uno de los autobuses que van al Este y se bajo en White chapel Road. No habló con nadie, se aventuró sin miedo a la mala fama del barrio y al olor nauseabundo, por varias callejuelas, y, al fin, entró en la tiendecilla de uno de los infinitos judíos que pululan entre el dédalo miserable que hierve entre High Street y Midle End Road, un tal Raschzy. Allí debió pactar las condiciones de su alojamiento, porque esa misma tarde su baúl volvió a viajar y se instaló con aquellas gentes. Sin la preocupación a desagradar al señor y la consigna de no salirnos de nuestras atribu-



ciones, a no ser que se trate de un delito concreto habríamos intervenido en ese instante so pretexto de asegurar el dinero sacado por ella de la cuenta corriente que debía estar en el frágil baulito. Hablar entonces de la seguridad de su persona habría sido ridículo: Whitechapel, en realidad, a pesar de sus sombreros de copa despeinados, de sus rostros patibularios y de su fama terrible para la exportación, no es más que un gheto, menos sombrío que la Judengasse de Francfort y la Jodebretraat de Amsterdam, donde los nombres de los comercios y hasta los avisos de los Gobiernos de S. M. están redactados en hebreo.

—Ah... Yo creía...

—¿No conoce usted aquel otro universo de nuestro Londres?

Denegué con la cabeza sin sospechar que tan pronto lo iba a conocer.

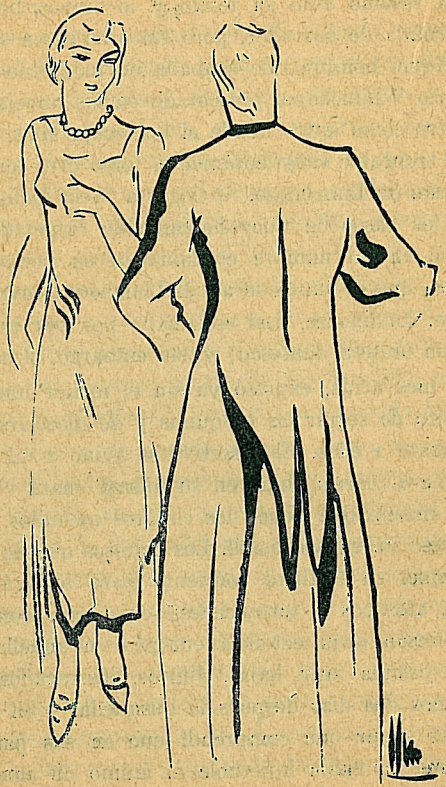
Y él prosiguió:

—Allí bullen con una resignación que se pliega a todas las posibilidades del presente y un optimismo que cuenta con todo el futuro, Levies, Jeroboanes, Isaacs, Rebecas y Ruths, desde los de bíblica longevidad hasta los casi recién nacidos. Sobre las más bellas cabelleras de la tierra y los ojos más expresivos, piojos y suciedad esperan el milagro de un nuevo diluvio para tocar el agua. Es una Sión inmensa

que va lentamente ensanchando su dulce y conquistador *yiddish* y surtiendo poco a poco el mundo de banqueros, de joyeros y de parias dispuestos a todas las privaciones. Y no, no es peligroso. Lo fué, pero ahora el peligro se ha trasladado un poco más allá, a un barrio al que, por desgracia, tendremos que ir, a Limehouse. Sin embargo, creyendo interpretar los deseos del honorable lord, destaqué a dos hombres de confianza, y muy despacio, obstruyéndole el paso y hablando alto para que no tuviera más remedio que oírlos comentaron el peligro de guardar dinero en aquel inmenso centro de rapiñas. Ella ni siquiera volvió la cabeza. Como si toda su vida hubiera vivido dentro de aquella miseria, como si no hubiese conocido las mansiones y los jardines tanto tiempo, entraba en los tugurios y deambulaba por la pestilencia de los callejones sin repugnancia. Es más: los primeros días comía en *koshers*—especie de primer peldaño de la miseria gastronómica en su impotente ansia de elevarse hacia las delicadezas de la alimentación; luego, pareciéndola poca tal inmundicia, compró carne verdosa en unas carnecerías que tienen algo de cementerio, y fué como una larva más en aquella fermentación de podredumbres. Todo esto duró una semana. Después, empujada por no sabemos qué misteriosa fuerza, fué todavía más allá y se perdió en el barrio chino...

"Yo resumo aquí su relato y lo transcribo según mi fórmula de narrador, pero sin alterar un solo hecho. Aquel hombre que acababa de hablarme del legendario Whitechapel presentado en las novelas y en el teatro como antro donde el horóscopo más risueño puede truncarse sangrientamente, tomó otro tono para hablarme de Limehouse. Al llegar a West India Dock Road los pasos de Lucy habían sido respetados por los que en mi nombre continuaban su persecución. Dijérase que el límite de aquel Limehouse cuyo nombre, yo, londinense, casi escuchaba por vez primera, fuese un umbral dantesco; y, sin embargo, el cobarde de un mes atrás, expresó ya sin el menor miedo su propósito de seguir las pesquisas y de mezclarse personalmente a ellas. El detective se avino a mi deseo.

"Tiene el barrio chino en su misma chata vulgaridad lo mismo que tienen los chinitos menudos, insignificantes: un efluvio hostil. Los chinitos que de pronto rompen su frialdad sonriente para mostrársenos crueles, atléticos y torrenciales, tenían por completo su expresión arquitectónica europea en aquellas calles de casitas muy bajas. Juntos, disfrazados, emprendimos dos días después la búsqueda, y en seguida sentí mejor que comprendí que en sus palabras anteriores no había hipérbole ni ánimo de amedrentarme. Whitechapel era el Oriente tumultuoso, alegre, espeso, sin otra profundidad que el instinto vital;



Limehouse es el Oriente callado, oblicuo, viscoso y lleno de decisivas reticencias.

Tras las casitas bajas de bronceadas puertas, mástiles y chimeneas dicen la proximidad de una parte del Asia desterrada y el Asia misma y cabecean y contagian la solidez de las construcciones de un no sé qué provisional, movedizo, como si debajo del barrio y de sus moradores siguiera apenas subterráneo el mar, o como si una incubación de terremoto y de locura trabajase bajo cada casa y en cada ser. Todo es allí silencio; hasta los niños juegan sin hacer ruido. Tras las ventanas, cortinas negras. Y a veces, de una puerta apenas entreabierta, sale un olor especial, de opio hervido, de vicio, de algo indefinible que al mismo tiempo repele y atrae. Se siente allí que la calle es lo único seguro; que los seres amarillos que tienen bajo las cejas dos comas huecas con las cuales miran sin pestañear, no se detendrían por ningún escrúpulo si la sombra sobreviniese. Los guardias mismos van de dos en dos, intervienen lo menos posible, y no dejan la calle nunca. Y digo intervienen lo menos posible, porque sólo cuando algún marinero borracho altera la densidad de aquel silencio, sale a la superficie una burbuja de la profunda ebullición pasional: Burbuja por lo común sangrienta, que al deshacerse deja escapar ese "¡ay!" de dolor con que el asesinado se despide del mundo. Allí ni el vicio ni

el crimen alteran el orden público—el gran lugar común de los gobiernos—. Mestizos tatuados, de una pederastia fúnebre, son absorbidos por las puertas cubiertas de signos. El fan-tan mueve el dinero y mueve las manos también, porque algunos designios del destino son rectificados con los *kriks* infalibles que vacían las entrañas de un solo golpe dado por brazos mitad de anatomistas, mitad de asesinos. ¡Y allí había ido Lucy! ¡Allí había entrado Lucy sin que la viesen salir más! ¿A qué? ¿Atraída por qué o por quién? Su frase: "O mucho más o mucho menos que usted" me dislaceraba el recuerdo. ¿Había ido movida por un impulso insensible hasta entonces de raza, en busca de sabe Dios qué viscosos y antiguos besos? Y mis puños se crispaban y mi deseo se exacerbaba hasta lo infinito, cual si desde su retiro inencontrable ella irradiara sólo para mí una onda lúbrica e irónica superior en poder enloquecedor a todos los paraísos artificiales.

"Usted creerá que el rigor de las autoridades, las exigencias de la documentación y cuantas defensas sociales tiene en sus fuertes manos el imperio, reducen en la realidad cuanto sugiero y digo de Limehouse. Se equivoca. En aquellas callejas donde hasta los niños juegan en silencio, el occidente pierde ya pie. El mejor fisonomista no puede diferenciar un ser de otro. ¿No fueron esos ojos de porcelana y esos la-

bios de herida sutil los que vimos una hora antes? No... Ni tampoco aquellos... Ni aquellos. La mente se fatiga primero en el esfuerzo de diferenciar, y se abandona después, al par ausente y vivísima lo mismo que en una pesadilla. Se siente que las casitas bajas tienen una dimensión misteriosa y profunda, y en el humo que sale de sus chimeneas se perciben olores extraños, de delito. Cada vez que interviene la policía "todo está en regla" y nada puede hacerse ante falsificaciones y mentiras tan bien recubiertas de verdad que la investigación fracasa donde sólo el instinto, sin pruebas, queda insatisfecho. Todo es allí frío, cauteloso. Apenas si alguna vez, en el torbellino de la mesa de juego, el asiático deja asomar a las ventanas de sus ojos y a los movimientos de sus músculos la pasión arrebatada. Para él jugar es más que vivir y que morir y que matar también. Juntan la sobriedad al vicio, la acción al estatismo, el rencor y el deseo furiosos a una paciencia hecha como de zumo de eternidad. No importa la convivencia de años, el barniz europeo, el estar ligado por los más fáciles medios urbanos, al Londres, la primera ciudad del mundo; aquello es una incrustación de Oriente, un cuchillo clavado en un costado de nuestra ciudad, que una mano milenaria mueve para ver si llega con la punta al corazón. Hay siempre un más allá de las palabras y de las acciones visibles. En los escapara-

tes de las tiendecillas, por ejemplo, el orden en que están expuestos los objetos tiene un significado arcano, siempre de conspiración y de transgresión a nuestras leyes. Un paquete de te junto a unos palillos de comer arroz lo mismo puede querer decir: "Pase, hay cáñamo índigo recién desembarcado", que "Siga, el cadáver fué quemado anoche". Y las pupilas de agua estancada, son densas de miasmas y tienen en el fondo un cieno escurridizo contra el cual es en vano debatirse. Y Lucy había ido hacia aquellos antros después de dar vueltas y vueltas al modo de la falena para quemarse las alas en la luz amarilla de sabe Dios qué sueño de opio, de qué vicio abyecto, de qué martirio, de qué lento camino de dolores abierto sobre la negrura de la muerte. ¡Y Lucy, indefensa, inerme, había ido a parar a aquel dédalo henchido de frías amenazas!

No olvidaré jamás las inútiles marchas por *Pennyfields*, por *The Causaway of Limehouse*, por los alrededores de *Blackwall Tune*. A veces mi compañero y yo sentíamos en la espalda, con sensación física, miradas que jamás nos tropezamos frente a frente. Una vez, en el inmenso mercado de *Belliconat Lane*, la más inmensa de las ferias sórdidas del orbe, siguiendo una pista, creí ver un impermeable color de niebla y un cuerpo furtivo, como achinado ya...

"Mi grito y mi carrera fueron inútiles. ¿Quién

puede identificar una ola en el Océano? Cuando quise asirme a una sombra fugitiva, mis manos se cerraron sobre el traje de un anciano y cien ojos oblicuos me consideraron con seriedad primero burlesca y en seguida hostil. Pero aquel semi encuentro dejó en mi alma el sedimento de una posibilidad: la de que Lucy no hubiese caído en una emboscada a causa de su dinero; la de que aquel cuerpecito menudo que a veces me exasperaba deleitosamente con sus efluvios, no fuera solo un montón de huesos soterrados—esos huesos que en las excavaciones hablan de seculares crímenes impunes—. ¿Comprende usted?; la de aquella personalidad secreta que convivía en su ser con otra, con otras, le hubiese hecho aceptar una vida nueva, horrible para usted y para mí, pero para ella sí más profunda, más rica en goces o en dolores placenteros... ¡Quién sabe!

"Si no me contuviese, todo el resto de mi narración se deslizaría entre interrogaciones. No lamento el dinero que aquellas pesquisas me costaron: vi mucho mundo y entreví, en una dimensión hondísima, muchísimo más. La última noticia concreta fué que nadie se había presentado a cobrar su orfandad. Todavía hace pocos meses—ya han pasado cerca de dos años—ninguna reclamación ha sido hecha. Dirá usted que yo debí denunciar oficialmente el caso. Lo hice valiéndome del policía privado. Y también puse

anuncios en los periódicos. Nada. El destino de Lucy se polarizaba en los términos de esta disyuntiva: O una hoja de acero, o los garfios amarillos de una mano hecha para la rapiña, para la caricia, para la maceración de drogas, para la crueldad, para el crimen... Todos tenemos una dualidad, una multiplicidad de gérmenes espirituales; nadie es sencillo, carácter simple; los mismos que creemos de caracteres de una sola pieza, tienen repliegues secretos de complejidad infinita... Pero, ¿ha visto usted alguna vez la hipertrofia de los elementos que durante años y años se mostraron pasivos o de débil intermitencia, hasta abolir el resto del ser y constituir en el mismo cuerpo un ser nuevo? Sólo en las conversaciones religiosas, Lucy era una convertida al revés. Hubo algo demoníaco, algo de sucubato en su fuga. A veces creo que si se hubieran podido examinar uno a uno los antros, sabe Dios en cuál se habría hallado una mujercita mínima, un poco menos asiática que las otras, encerrada en un silencio feroz... Pero, ¿por qué la huída sin una crisis anterior que soltase el resorte de las decisiones? ¿Por qué el paso de la sociedad feliz que ya la había prohijado al grotesco papel de redentora de borrachos? Y esto todavía entra en nuestra comprensión. Pero, ¿por qué tirarse, como desde el alto Occidente a la sima del Asia, desde Whitechapel a Limehouse, donde un ser es apenas bur-

buja que se colorea de rojo o se desvanece sin dejar huella? ¡Ah, las veces que yo me he preguntado dolorosamente esto en aquel sillón, mientras usted me creía dormido!

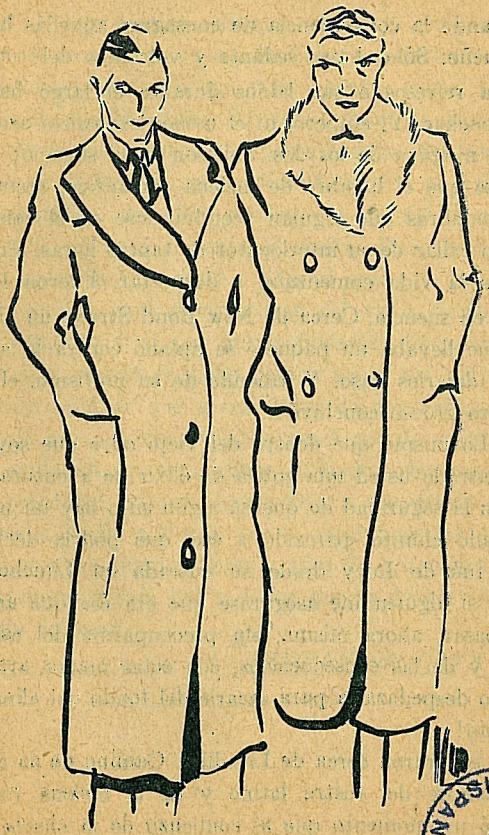
"En muchas ocasiones la frase del misionero convertido me late en la conciencia con punzadas de remordimiento... Claro que a un ser normal una frase dicha así, de paso, nada le revela... Pero ella llevaba la sangre remota del Asia en sus venas; ella tenía junto a los oasis de lo que a mí se me antojaba una inteligencia normal, largos períodos silenciosos, quizás de incubación de otra filosofía del Universo y del sentido de la existencia del mundo... Además, ¿no me había dicho al pretender besarla, "con usted no, qué asco"? Quién sabe si al contacto del Oriente, de su Oriente, otra sensualidad despertaba en la carne ambarina por la cual todas las incitaciones y seducciones de nuestra sociedad fueron sinónimas de frialdad y de tedio.

"No importa que jamás mientras estuvo en nuestro mundo, como prestada en nuestra raza, ningún desliz se le conociese. Al contrario: no yo, viejo: el más joven de nuestros deportistas debía dejarla indiferente, mientras que otros homúnculos amarillos, otras larvas... Cuanto atañe al *soma* es arcano, arbitrariedad, sin que hayamos menester para decir esto salirnos de una raza. Supóngase hasta dónde

puede llegar la aberración cuando corrientes raciales tan opuestas confluyen con tal violencia dentro de un ser. ¿No comen ellos con deleite sus tripas de pescado y su *chop suey* que nosotros no podemos ver sin náuseas? El cuerpo que de tiempo en tiempo irradiaba una electricidad sensual capaz de fundir todas mis resistencias no podía dejar de sentirla refluír sobre sí a favor del humo del opio o de esa exaltación fervorosa propia de los catecúmenos. Una pila eléctrica no puede ser igualmente insensible que una piedra; la rana no puede dejar de ser nerviosa; el león no tiene colmillos y dientes para luego ser vegetariano... Por vez primera he sentido la envidia: Mi título, mis tierras, todo, lo daría por haber podido ser el asiático que sancionó con sus caricias la vuelta a Oriente de Lucy... ¡Cómo lo envidio y cómo lo odio!

"¡Ay, si yo dejara desgranar todas las preguntas que me he hecho en estos dos años, no acabaría de contarle, y ya hay luz del día en las vidrieras. Sí, de eso si tengo la certeza: ella ha podido morir después, ser asesinada o morir; pero entonces se fué por su propio pie y de su propia voluntad, con la terrible sencillez de quien sale por una puerta falsa."

Ya el día, en efecto, pintaba de gris azuloso las ventanas. Durante el relato varias veces el gruñido y las campanas del reloj habrían pretendido reñir re-



BIBLIOTECA HISPÁNICA ACCI

cordando la conveniencia de consagrar aquellas horas al sueño. Sólo el oro sedante y volcánico del *whisky* había refrescado sus labios durante el largo hablar y escuchar. Y, empero, ni el menor cansancio asomaba a ninguna de los dos. Salieron en el silencio; mas veíase que el hombre de melena romántica, atento a las palabras que seguían acendrándose en el concentrado callar de su interlocutor de tantas horas. En las calles la vida comenzaba a despertar. Fueron largo rato en silencio. Cerca de New Bond Street, un chinito que llevaba un paquete se aplanó contra la acera para dejarles paso. Y saliendo de su mutismo, el caballero grueso concluyó:

—Lo mismo que dentro del viejo odre que soy ha encontrado usted una gotita de elixir de aventura, yo tengo la seguridad de que en algún sitio hay un insignificado chinito, parecido a ése, que podría decirme qué fué de Lucy desde su entrada en Limehouse. ¡Ah, si alguien me asegurase que era ése que acaba de pasar, ahora mismo, sin preocuparme del escándalo y de las consecuencias, con estas manos artríticas lo despedazaría para sacarle del fondo del alma su secreto!

Se separaron cerca de Licadilly. Camino de su casa, el hombre del rostro latino y de la melena rojiza, pensó un momento que al comienzo de la charla había sido cruel y, por lo tanto, injusto con el ancia-

no lord. Y esta idea se eslabonó con la del sanguinario rey persa a quien su esposa Scharhazada limó las uñas homicidas durante mil y una noches con el fino esmeril de sus historias. En vano pretendía interesarse por la vida naciente y desentenderse del veneno sutil de la historia recién oída. Como en un ardid cinematográfico, del cielo nublado se destacaba una cifra: 199. ¡Ciento noventa y nueve desaparecidos bajo el acero del asesinato o bajo el acero de la voluntad, ocultos para siempre tras del valor terriblemente concreto y al par anticonfidencial del guarismo! Y aun cuando el sueño pesaba sobre sus párpados, pensó también que, a semejanza del rey Schariar, él pasaría otras muchas veladas pendiente de cuantos labios pudieran ir arrancando unidades secretas a aquella cantidad fatídica, hasta dejarla convertida en nada, en la Nada, a donde van a parar nuestras pasiones tras unas cuantas horas o años de agitación inútil, comparable a la del nadador que se debate sólo en medio del mar.

A. HERNANDEZ-CATA

HISPANICA BIBLIOTECA AECI

El Concurso de "La Novela de Hoy"

Resultado de votación del último trimestre

LA NOVELA DE HOY tiene la satisfacción de expresar a los lectores su gratitud por el modo brillante y halagador con que han respondido a este Concurso, de votar la mejor novela de las publicadas en los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1930. ¡Más de 19.000 se han recibido en esta Administración!

Exito rotundo, que demuestra la arraigada popularidad de LA NOVELA DE HOY, única e invencible en su género.

Hecho el recuento, ha dado por resultado un total de votos de 19.027.

Privilegiadas, según base del Concurso, las cuatro votaciones mayores, se han sorteado entre ellas los agraciados, resultando los cuatro premios que siguen:

Primer premio: "El rapto de Elena", por Vicente Díez de Tejada.

5.200 votos.

Votante premiado con 100 pesetas y una colección de 100 volúmenes de obras clásicas de la colección Bibliotecas Populares Cervantes: Doña Francisca Mesa. Ciudad de Aracena, 8. Huelva.

Segundo premio: "Por las lindes del amor" por Manuel de Castro.

4.800 votos.

Votante premiado con 50 pesetas y 100 volúmenes de las B. P. C.: Don Pedro Tous. Gobierno Militar. Cuenca.

Tercer premio: "El beso imposible", por Juan Ferragut.

4.005 votos.

Votante premiado con 25 pesetas y 100 volúmenes de las B. P. C.: Don Federico Amorós Freixes. Abajo, 17. Falset. (Tàrragona).

Cuarto premio: "Una pena de muerte", por R Martín Orberá.

3.710 votos.

Votante premiado con 25 pesetas y 1000 volúmenes de las B. P. C.: Don José Fuentes Galisteo. Calle Gloria, 1. Cartagena. (Murcia).

Los agraciados recibirán por G. P. el día 27 del corriente el importe de los respectivos premios, y por correo certificado, los volúmenes de las Bibliotecas Populares Cervantes.

NOTA IMPORTANTE

Este concurso ha quedado cerrado el 31 de diciembre de 1930.

La Dirección está estudiando las bases de otro concurso esperando sea tan bien acogido por el público como el anterior.

Obras completas

DE

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ

PELAYO GONZALEZ, quinta edición ..... 5 Pts.
LA JUVENTUD DE AURELIO ZALDIVAR,
cuarta edición ..... 3.50 "
LOS FRUTOS ACIDOS, sexta edición ..... 5 "
EL PLACER DE SUFRIR, quinta edición ..... 5 "
LOS SIETE PECADOS, quinta edición ..... 5 "
UNA MALA MUJER, cuarta edición ..... 5 "
LA MUERTE NUEVA, cuarta edición ..... 5 "
LA VOLUNTAD DE DIOS, tercera edición ..... 5 "
LA CASA DE FIERAS, quinta edición ..... 5 "
EL CORAZON, segunda edición ..... 5 "
LIBRO DE AMOR, tercera edición ..... 5 "
EL BEBEDOR DE LAGRIMAS, 2.ª edición ... 5 "
PIEDRAS PRECIOSAS, segunda edición ..... 5 "
EL ANGEL DE SODOMA, segunda edición ..... 4 "
MITOLOGIA DE MARTI, segunda edición ..... 8 "

COMPAÑIA IBERO AMERICANA DE
PUBLICACIONES
Puerta del Sol, 15. MADRID

La censura por dentro

por CELEDONIO DE LA IGLESIA

El ex jefe del Gabinete de Información y Censura de Prensa, Teniente coronel de Estado Mayor, expone en este libro sus ideas sobre la censura, junto con retratos de los hombres de la Dictadura.

BIBLIOTECA HISPÁNICA AECI

5 Pesetas.

C. I. A. P. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15

170
-CUBA
-22
-NC

Todos los meses adquiera

Cosmópolis

Revista de gran mundo

La más lujosa de España

EN LOS BUENOS QUIOSCO

Librería Fe — Puerta del Sol, 15

MADRID

Vo 378